

## **Mateo 27:27-44**

Sermón Mateo 27:27-44 Domingo de la Pasión 2014 Isaías 50:4-8b; Fil. 2:5-11; Mt 27:11-54 Himnos 56, 58, 63

Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía. Lo desnudaron y le echaron encima un manto escarlata; pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, se burlaban, diciendo: —¡Salve, rey de los judíos! Le escupían, y tomando la caña lo golpeaban en la cabeza. Después de haberse burlado de él, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos y lo llevaron para crucificarle. Al salir hallaron a un hombre de Cirene que se llamaba Simón; a este obligaron a que llevara la cruz. Cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota, (que significa: «Lugar de la Calavera»), le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero, después de haberlo probado, no quiso beberlo. Cuando lo hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliera lo dicho por el profeta: «Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes». Y sentados lo custodiaban allí. Pusieron sobre su cabeza su causa escrita: «Este es Jesús, el rey de los judíos». Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban lo insultaban meneando la cabeza y diciendo: «Tú, el que derribas el Templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz». De esta manera también los principales sacerdotes, junto con los escribas, los fariseos y los ancianos, se burlaban de él y decían: «A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar. Si es el Rey de Israel, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrelo ahora si le quiere, porque ha dicho: “Soy Hijo de Dios”». Del mismo modo lo insultaban los ladrones que habían sido crucificados con él. (Mateo 27.27–44)

En el Antiguo Testamento, los israelitas llegaron cada año a lo más profundo de su religión con el gran día de la expiación. En ese día, la gente especialmente recordaba sus pecados y su necesidad de redención. En el día de la expiación hubo varias ceremonias significativas que revelaban los misterios del plan divino de salvación. El sumo sacerdote confesaba los pecados del pueblo sobre la cabeza de un chivo, que fue después llevado al desierto y suelto lejos del campamento. Otro chivo fue

degollado, y el sumo sacerdote, por única vez en el año, llevaba la sangre al lugar santísimo, y la esparció sobre el propiciatorio. Con eso al pueblo judío se señalaba que la expiación con el derramamiento de sangre y el perdón de pecados que resultaba era el mismo centro de la religión revelada de Jehová.

Esta semana llegamos al lugar santísimo del Nuevo Testamento, en que vemos al Salvador ofreciendo su propia sangre en expiación por los pecados del mundo, por sus pecados y los míos. Lo vemos en este texto, rechazado, burlado, un verdadero rey que los hombres consideran un impostor, un fraude. Es el Salvador enviado por Dios, pero menospreciado y maltratado por los hombres. Vamos a ver este rey maltrecho, y veremos que nosotros muchas veces hemos sido culpables de las mismas actitudes hacia Jesús que los hombres de nuestro texto revelan. Pero al mismo tiempo veremos que precisamente porque él voluntariamente aceptó este sufrimiento, porque él no salvó a sí mismo y no se bajó de la cruz, ganó para nosotros la salvación y nos la ofrece libremente como algo que él ha ganado para el mundo entero.

El texto sigue inmediatamente después del rechazo definitivo de Jesús por los habitantes de Jerusalén. Cuando Pilato les dio a escoger entre Jesús y un violento criminal, Barrabás, la gente pidió que Pilato les soltara a Barrabás. A la pregunta qué debería hacer con Jesús, respondieron a Pilato: Crucifícalo.

Así Jesús, que ya había sufrido muchas cosas, es entregado por Pilato a ser crucificado. Lo habían interrogado, pegado, azotado. Fue un espectáculo miserable cuando Pilato finalmente entregó a Jesús a los soldados romanos para que lo llevaran al lugar de crucifixión. Pero lejos de sentir compasión por uno que tanto sufría, no encontraron nada mejor que hacer que aumentar su sufrimiento con sus burlas y maltrato. “Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía. Lo desnudaron y le echaron encima un manto escarlata; pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, se burlaban, diciendo: —¡Salve, rey de los judíos!”. Sabían que el crimen de que Jesús fue acusado ante Pilatos era de hacerse un rey, implicando que así sería una amenaza a César y el gobierno romano. A los soldados, esa pretensión de ser un rey fue ridícula, así que toman la oportunidad de manifestar toda su superioridad romana sobre los judíos al humillar tanto más al rey que los mismos judíos habían

rechazado. Le ponen un manto escarlata, posiblemente el manto común de un soldado romano para hacer evidente que no hay nada real en esa persona desde su perspectiva. Le tejen una corona – de espinas. Le dan un cetro real, una miserable caña o carrizo. Luego entre risas doblan la rodilla y se burlan de sus pretensiones reales exclamando: Salve, rey de los judíos.

Pero la burla no fue suficiente. Tuvieron que añadir también al sufrimiento físico del Señor. “Le escupían, y tomando la caña lo golpeaban en la cabeza”. Tal vez una caña no hará gran daño. Es algo ligero que usaron para enfatizar lo que vieron como la impotencia de este prisionero. Pero cuando golpearon la cabeza, las espinas con cada golpe penetrarían más hondas, con dolor extremo. Finalmente, se cansan de su pasatiempo. “Después de haberse burlado de él, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos y lo llevaron para crucificarle”.

Sin embargo, al menos algunos de este número, al ver todo lo que pasaba, después reconocieron la verdad de la situación. Nos dice Mateo en el versículo 54: “El centurión y los que estaban con él custodiando a Jesús, al ver el terremoto y las cosas que habían sido hechas, llenos de miedo dijeron: «Verdaderamente este era Hijo de Dios»”.

Nos dice el texto que “Al salir hallaron a un hombre de Cirene que se llamaba Simón; a este obligaron a que llevara la cruz”. Tal vez podamos pensar que aquí están mostrando algo de misericordia a Jesús cuando impusieron a otro cargar la parte transversal de su cruz. Pero muy probablemente no es así. Más bien, ellos tenían la responsabilidad de asegurar que el prisionero recibiera un castigo público y ejemplar, para amedrentar a cualquier otro que pensara en levantarse contra el poder romano. Jesús ya había perdido mucha sangre. Estaba agotado. De llevar su propia cruz, lo cual era la costumbre, fácilmente podría haber colapsado y muerto en el camino. Así que imponen a este hombre de la multitud una carga que seguramente no habrá sido muy bienvenida. Sin embargo, aquí también hay un indicio de que de este contacto inesperado con el Salvador, habrá salido una bendición. Marcos menciona por nombre a dos hijos de este hombre, Rufo y Alejandro, indicando que probablemente eran bien conocidos en las comunidades cristianas como hermanos. Así que, parece que antes de terminar todo esto, este hombre de África también habría salido de la pasión de Cristo con la bendición de la salvación.

Son pocos los detalles que nos cuentan los evangelistas de la crucifixión. Sin embargo, un detalle que Mateo nos cuenta aquí nos manifiesta otra vez que Jesús sufre todo esto voluntariamente. Lo ha indicado también cuando fue arrestado, pues no resistió, ni permitió que sus discípulos lucharan por él, aunque podría haber pedido a su Padre y le hubiera enviado doce legiones de ángeles para pelear por él. Aquí lo vemos en el detalle de que “Cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota, (que significa: «Lugar de la Calavera»), le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero, después de haberlo probado, no quiso beberlo”. La hiel tenía un efecto anestésico; amortiguaba el dolor. Al rehusarla indica que quiere aceptar todo el dolor, todo el sufrimiento que esta manera más cruel de administrar la pena de muerte podía dar. ¿Por qué? Porque sólo así pagaría la paga completa del pecado de todos nosotros que el Padre había impuesto sobre él.

Otra cosa que es evidente es la soledad de Jesús. Todos se ponen en su contra. No hay quien le defienda ni le ofrezca su apoyo. En el texto escuchamos primero otra vez de los soldados. “Cuando lo hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliera lo dicho por el profeta: «Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes». Y sentados lo custodiaban allí”. Una última burla. Cuando todavía está vivo, y como un testimonio de que no tendrá necesidad más de esas pocas posesiones tuyas, echan suertes para su ropa, particularmente sobre un manto sin costura que tendría un poco más valor que lo demás. Así termina el rey de los judíos, crucificado en medio de dos criminales. Pero todo esto estaba escrito del Salvador 700 años y hasta mil años antes de Cristo en Isaías 53 y en el Salmo 22. De modo que aun todo esto es un testimonio de que realmente es el Rey del universo el que está muriendo aquí, para los que tienen entendimiento.

Luego se escucha de los que pasan por la cruz. “Los que pasaban lo insultaban meneando la cabeza y diciendo: «Tú, el que derribas el Templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz»”. Se oye el eco de las tentaciones de Satanás al comienzo del ministerio de Jesús. “Si eres Hijo de Dios”. Pero Jesús no puede bajarse de la cruz. No porque le falta el poder, sino porque eso destruiría todo el propósito por el cual el Hijo de Dios ha venido a este mundo. “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3.17). Pero esta

salvación sólo viene porque el Hijo de Dios se ofreció como sustituto de toda la humanidad pecadora perdida. Si se hubiera salvado a sí mismo, en esta circunstancia, significaría la perdición y la condenación de todos nosotros.

Los sacerdotes, los escribas y los ancianos también se burlan. “«A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar. Si es el Rey de Israel, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confío en Dios; líbrelo ahora si le quiere, porque ha dicho: ‘Soy Hijo de Dios’».”

Por último, inclusive los dos criminales que fueron crucificados con él también se burlaron en términos similares. “Del mismo modo lo insultaban los ladrones que habían sido crucificados con él”.

Nadie le estaba reconociendo como lo que era: el Hijo de Dios, el Rey divino que había venido no para salvar a él mismo, sino para salvar a su pueblo. Fácilmente podríamos despreciar y condenar a estas personas. Sin embargo, ¿siempre reconocemos nosotros que Jesús es realmente el Rey de los judíos y el Rey del mundo? ¿Lo reconocemos siempre como nuestro Rey? La verdad es que muchas veces podemos saber qué es la voluntad de este Rey, pero no queremos cumplirla. Aun cuando externamente hacemos lo que está de acuerdo con la voluntad de Dios y de Cristo, ¿no puede suceder que lo hacemos no tanto porque queremos, sino porque tememos el castigo o la vergüenza si no lo hacemos? ¿Cuántas veces no encontramos más fácil guardar rencor y pensar en vengar un mal hecho contra nosotros, aun cuando sabemos que el Señor insiste “Mía es la venganza, yo pagaré” y por tanto manda a nosotros “No os venguéis vosotros mismos”? Los judíos en el juicio de Jesús clamaron: “No tenemos más rey que a César”. ¿No tendemos nosotros a veces a clamar con nuestras acciones y actitudes: “No tengo otro rey más que yo mismo”?

Sin embargo, ¿qué pasó con algunos de los que rechazaron o no reconocieron a su Rey en esa ocasión? Muchos, por supuesto, se quedaron en su incredulidad, de modo que se aplica a ellos lo que dice Juan 3:18-19: “pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”. Al mismo tiempo, hemos escuchado de la reacción de algunos de los soldados que guardaron a Jesús y se habían

unido en las burlas. Finalmente reconocieron que Jesús era el Hijo de Dios. En Hechos 5:7 escuchamos que “también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe”. Y Lucas nos habla de uno de los dos criminales que se habían burlado de Jesús. Él dijo a Jesús: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino”. Y Jesús le contestó: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23.42–43).

Y nosotros también, arrepintiéndonos de las muchas veces en que hemos sido rebeldes, en que no hemos aceptado a Jesús como nuestro Rey, al menos en los pensamientos y la práctica, también podemos encontrar en este Rey, que fiel a su misión quedó en la cruz y dio su vida por nuestros pecados, el Salvador que seguimos necesitando cada día. No se vio como Rey el Viernes Santo. Pero precisamente porque se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz, “Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2.9–11) . Unámonos diariamente a esa confesión. Y por su gracia, por la fe en él, debido al perdón que él ganó para nosotros en ese terrible sufrimiento y muerte en la cruz, nosotros también compartiremos su reino glorioso. Amén.